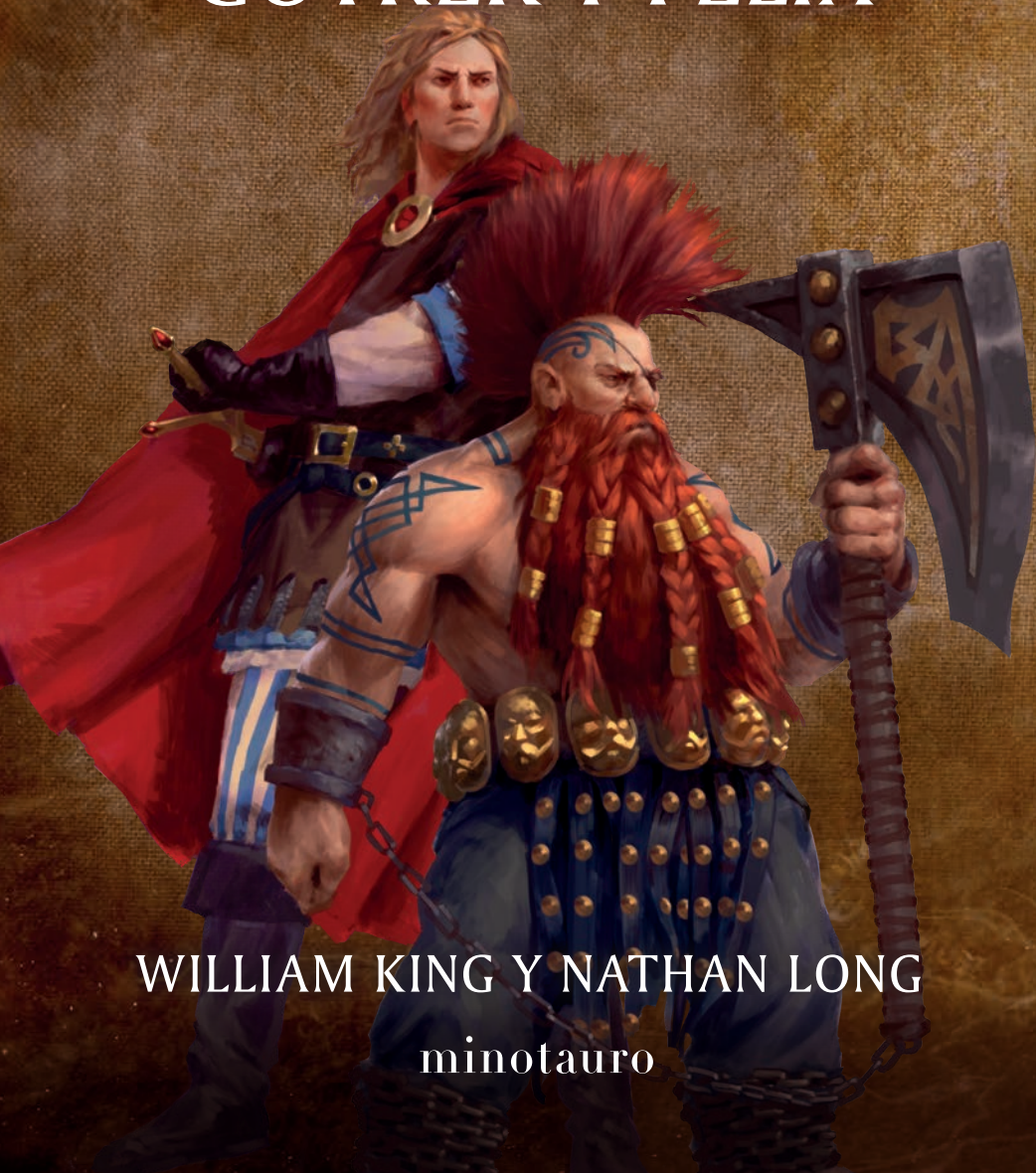


WARHAMMER®
CHRONICLES

TERCER ÓMNIBUS

LAS AVENTURAS DE GOTREK Y FÉLIX



WILLIAM KING Y NATHAN LONG
minotauro

WILLIAM KING Y NATHAN LONG

LAS AVENTURAS DE GOTREK Y FÉLIX

TERCER ÓMNIBUS

minotauro

Las aventuras de Gotrek y Félix Omnibus n° 03/06

Published by Black Library, 2013
Copyright 2025 © Games Workshop Limited.

Giantslayer © 2003 Games Workshop Ltd. *Orcslayer* © 2006 Games Workshop Ltd. *Manslayer* © 2007 Games Workshop Ltd. *Redhand's Daughter* © 2003 Games Workshop Ltd. *The Oberwald Ripper* apareció por primera vez en *Hammer & Bolter* © 2012 Games Workshop Ltd. *Red Snow* apareció por primera vez en *Death and Dishonour* © 2010 Games Workshop Ltd. *Last Orders* apareció por primera vez en *Gotrek & Felix: the Anthology* © 2012 Games Workshop Ltd. La versión original del glosario de términos apareció por primera vez en *Inferno!* 36 © 2003 Games Workshop Ltd.

Actualización del glosario de términos de Lindsey D le Doux Priestley. Games Workshop quiere dar las gracias a Rob Clarke y a Angela McIntosh por la versión original del glosario de términos.

Gotrek & Felix. The Third Omnibus, Las aventuras de Gotrek y Félix Omnibus n° 03/06, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Reservados todos los derechos.

Originally published as *Gotrek & Felix. The Third Omnibus*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción:

© Simon Saito Navarro (*Matagigantes, Hija de Manorroja, Mataorcós y Matahombres*)
© Patricia Nunes (*El destripador de Oberwald, Nieve Roja y Última ronda*)

Ilustración de cubierta: Tomas Duchek
Mapa: Nuala Kinrade

ISBN: 978-84-450-2029-6
Depósito legal: B. 23.066-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

ÍNDICE

MATAGIGANTES <i>por William King</i>	11
HIJA DE MANORROJA <i>por William King</i>	321
MATAORCOS <i>por Nathan Long</i>	389
MATAHOMBRES <i>por Nathan Long</i>	717
OTROS RELATOS	
El destripador de Oberwald <i>por L. J. Goulding</i>	1047
Nieve roja <i>por Nathan Long</i>	1074
Última ronda <i>por Andy Smillie</i>	1107
GLOSARIO DE TÉRMINOS	1129

CAPÍTULO UNO

Con pesar en el corazón, Félix Jaeger observó cómo el último de los guerreros kislevitas depositaba el cadáver de Ivan Petrovich sobre la pira. El viejo guerrero parecía algo más pequeño, como si se hubiera encogido a causa de la muerte. En su semblante no se reflejaba la placidez que supuestamente colmaba a quienes entraban en el reino de Morr, el Dios de la Muerte. Félix pensó que los últimos instantes de vida de Ivan habían sido cualquier cosa menos agradables. Había visto a su única hija, Ulrika, transformada en un vampiro, en un ser sin alma que bebía sangre, y él mismo había hallado la muerte a manos de los secuaces del señor no muerto de ella. Félix sintió un escalofrío y se apretó la desteñida capa roja de lana de Sudenland alrededor del cuerpo. En un pasado no muy lejano había creído estar enamorado de la hija de Ivan. ¿Cómo debía sentirse en ese momento?

La respuesta era que no lo sabía. Ni siquiera cuando ella aún se contaba entre los vivos había estado seguro de sus sentimientos. Se dio cuenta de que ya no tendría la oportunidad de averiguar cuáles eran. En un rincón de lo más profundo de su alma, las brasas de un lento y hosco

resentimiento contra los dioses se avivaron hasta que surgieron llamas. Comenzaba a entender a Gotrek.

Desvió los ojos hacia el Matatrolls. El brutal semblante del enano tenía un insólito gesto pensativo. Su achaparrado cuerpo, mucho más ancho que el de cualquier humano, parecía fuera de lugar entre los jinetes kislevitas. Se frotó el parche que le cubría la cuenca vacía del ojo con los nudillos de una manaza descomunal, y luego se rascó con aire reflexivo la cabeza afeitada y tatuada. Su enorme cresta de pelo teñido de rojo estaba caída por culpa del frío y de la nieve. El enano captó la mirada de Félix y sacudió la cabeza. Félix suponía que, a su manera especial, a Gotrek le había caído bien el viejo boyardo de la Marca. Más que eso, Ivan Petrovich parecía haber sido un nexa con el misterioso pasado del Matatrolls, pues se habían conocido en los tiempos de la primera expedición de Gotrek a los Desiertos del Caos, de la que hacía muchos años.

Ese pensamiento hizo que Félix se diera cuenta de que Ivan había perecido muy lejos de su hogar. Debía de haber al menos trescientas leguas desde los oscuros bosques de Sylvania hasta las frías tierras de la frontera de Kislev que el boyardo había gobernado en vida. Por supuesto, esos dominios ya no existían, devastados por la demoledora invasión del Caos, que se había desplegado hacia el sur hasta llegar a Praag.

—Snorri cree que Ivan tuvo una buena muerte —dijo Snorri Muerdenarices con aire circunspecto.

A pesar del frío, el segundo Matador no iba más vestido que Gotrek. Quizá los enanos no experimentaban el mismo malestar que los humanos, si bien lo más probable era que su testarudez les impidiera admitir que lo sentían. El habitual semblante estúpidamente alegre de Snorri era ahora la viva imagen de la pena. Tal vez no era tan insensible como aparentaba.

—No hay muertes buenas —masculló Félix.

Cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir, elevó una silenciosa plegaria para suplicar que no lo hubiese oído ninguno de los enanos. Después de todo, él había jurado (hacía tanto tiempo que le parecía toda una vida) seguir a Gotrek y dejar constancia de su muerte en un poema épico. Los dos enanos vivían únicamente para expiar algún supuesto pecado o crimen mediante la muerte a manos de un poderoso monstruo, o ante un abrumador número de enemigos.

Los kislevitas supervivientes desfilaron ante la pira para presentar sus últimos respetos a su antiguo señor. Muchos de ellos hicieron la señal del dios lobo Ulric con los dedos de la mano izquierda; luego echaban una mirada por encima del hombro y repetían la señal. Félix no se lo reprochaba. Aún se hallaban casi en la sombra del castillo de Drakenhof, la poderosa y vil ciudadela de la que el señor vampiro Adolphus Krieger había intentado apoderarse. Se había hecho con un poderoso amuleto antiguo y tenía un plan para erigirse en el líder de toda la aristocracia de la noche. Sin embargo, lo único que había conseguido era provocar su propia muerte.

Pero, ¿a qué precio? ¿Se habían perdido tantas vidas! Cerca de la primera había otra gran pira que los kislevitas habían erigido apresuradamente para sus propios muertos. En una tercera hoguera habían depositado los restos de los seguidores del vampiro. Allí, en las tierras malditas de Sylvania, esos hombres no estaban dispuestos a dejar ningún cadáver sin quemar para impedir una posible resurrección oscura a manos de un nigromante.

Max Schreiber se adelantó apoyándose en el báculo, con todo el aspecto de un portentoso hechicero ataviado con su túnica dorada. Ni siquiera las manchas de sangre y las rajaduras en el atuendo mermaban su dignidad, pero en sus ojos había algo muerto, y su rostro reflejaba una lobreguez de ánimo parecida a la de Gotrek. Max había amado a Ulrika, probablemente más de lo que nunca lo había hecho Félix, y ahora también él la había perdido para siempre. Félix esperaba que el hechicero no cometiese ninguna estupidez llevado por su dolor.

Max aguardó hasta que el último de los kislevitas hubo desfilado ante el cadáver del boyardo y luego miró a Wulfgar, el soldado de más alta graduación. El jinete asintió con la cabeza, y Max pronunció una palabra y golpeó tres veces el suelo con la punta inferior del báculo. En cada ocasión, una de las piras estallaba en llamas. La magia era poderosa y clara. Las llamas doradas brotaban alrededor de la madera mojada, que rápidamente prendía. Los clavos que Snorri tenía clavados en el cráneo reflejaron la luz del fuego, y dio la impresión de que había un pequeño incendio encima de su cabeza.

El humo se elevó lentamente, la leña se ennegreció y después aparecieron unas llamas más naturales. Félix se alegró de contar con la magia

del hechicero. En esas condiciones, ni siquiera los enanos habrían sido capaces de encender fuego.

Las llamas se propagaron con rapidez y el aire se se impregnó del nauseabundo hedor dulzón de la carne quemada. A Félix no le apetecía quedarse a ver cómo se consumía Ivan, un hombre que había sido un amigo. Dio media vuelta y abandonó el salón en ruinas para salir al aire frío. Fuera aguardaban los caballos y los carros de los heridos. Una alfombra de nieve cubría la tierra. Ulrika y su nueva mentora, la condesa Gabriella, se hallaban ya en algún lugar fuera de su alcance.

La guerra los esperaba en el norte. El Caos se aproximaba, y era en ella donde los Matadores esperaban cumplir su destino.

La anciana parecía exhausta. Los niños que caminaban a su lado estaban famélicos. Vestían los habituales harapos característicos entre los campesinos de Sylvania y sus ojos reflejaban miseria y desesperanza. Junto a ellos, hombres enfundados en camisas salpicadas de sangre aferraban horcas con dedos yertos. Félix vio en sus rostros que el cansancio pugna con el miedo y que lentamente se imponía. Temían a los jinetes y a los enanos, pero estaban demasiado cansados y hambrientos para correr.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó Gotrek con un tono que era cualquier cosa menos tranquilizador, y que la inmensa hacha que empuñaba hacía aún más amenazante—. ¿Por qué viajáis por estos caminos en pleno invierno?

La pregunta era buena. Cualquier campesino en su sano juicio habría estado cobijado en su cabaña con aquel tiempo. No obstante, Félix ya conocía la respuesta. Eran refugiados.

—Aparecieron unas bestias —contestó la anciana al cabo—. Salieron del bosque. Quemaron nuestras casas, quemaron la posada, lo quemaron todo; mataron a casi todos y se llevaron a unos cuantos.

—Para desayunar —repuso Gotrek.

Félix comprendió por la expresión que vio en el rostro de los refugiados que no tenían ninguna necesidad de saber eso.

—¿Hombres bestia? —preguntó Snorri, que se había animado como siempre le ocurría ante la perspectiva de un combate.

—Sí, varias decenas de hombres bestia —respondió la anciana—. Aparecieron de la nada, en pleno invierno. ¿Quién iba a esperárselo? Quizá

los fanáticos tengan razón. Quizá se acerca el fin del mundo. Dicen que los señores pálidos han regresado y que el castillo Drakenhof vuelve a estar habitado.

—Ya no tenéis que preocuparos por eso —le aseguró Félix, pero inmediatamente deseó no haberlo hecho.

La vieja lo miraba como si fuera idiota, y él supuso que lo era por decir algo semejante. Como no podía ser de otra manera, a todos los campesinos sylvanos les preocupaba el castillo Drakenhof y sus moradores, al margen de lo que pudiera decir un desconocido andrajoso.

—¿Dices que quemaron la posada? —preguntó Gotrek.

—Sí. Mataron al posadero y a la mayoría de los huéspedes.

—Snorri estaba deseando beberse un cubo de vodka —dijo Snorri—. Snorri piensa que los hombres bestia necesitan que les den una lección.

Gotrek asintió con la cabeza, confirmando así los temores de Félix. El hecho de que hubiese menos de una docena de jinetes arqueros kislevitas, los dos Matadores, Félix y Max para enfrentarse contra lo que parecía una multitud de hombres bestia no amedrentaba un ápice a ninguno de los enanos. Los kislevitas, guerreros curtidos de las tierras de la Marca, donde los territorios humanos lindaban con los del Caos, tuvieron el buen juicio necesario para inquietarse, como comprendió Félix por sus expresiones.

—No vayáis —les aconsejó la anciana—. Sólo conseguiréis que os maten. Mejor sería que vinierais con nosotros. Stephansdorp sólo está a un par de días de camino de aquí; a una sola jornada cuando no hay nieve.

—Siempre que no la hayan quemado también —repuso Gotrek, mostrándose muy poco colaborador.

Un par de niños gimotearon, y dio la impresión de que un par de hombres hacían un gran esfuerzo para reprimir el llanto. Félix los comprendía. No cabía duda de que lo único que los había mantenido en pie era la esperanza de encontrar refugio en el pueblo siguiente. Un hombre se desplomó delante de Félix y la horca que sujetaba se separó de su mano entumecida. Dos de los niños se aproximaron a él y comenzaron a tironearle las mangas mientras le susurraban «papá».

—Será mejor que nos pongamos en marcha si queremos coger a esos hombres bestia —aseveró Gotrek.

Snorri asintió, pero Wulfgar sacudió la cabeza.

—Nosotros escoltaremos a estas gentes hasta que se reúnan con sus compatriotas —dijo—. Tenemos que encontrar un refugio para nuestros heridos.

Pareció casi avergonzado al decir eso, pero Félix no se lo reprochaba. La muerte de Ivan había dejado por los suelos la moral de los kislevitas, y lo que había ocurrido en Drakenhof había sido tan espantoso que habría hecho mella hasta en el más valiente. Gotrek clavó por un momento los ojos en Wulfgar, y Félix temió que el Matatrolls estuviese a punto de agasajar al jinete con unas pocas palabras bien escogidas acerca de la valentía y la dureza de la civilización kislevita; pero el enano se limitó a encogerse de hombros y sacudir la cabeza.

—¿Y tú qué dices, Max? —preguntó Félix.

El hechicero meditó unos segundos antes de responder.

—Os acompañaré —dijo al fin—. Debemos limpiar nuestra tierra de esos hombres bestia.

A Félix le preocupó el tono de la voz del hechicero. Parecía casi tan amargado y lleno de furia como Gotrek. Esperaba que el dolor que lo torturaba por lo que le había ocurrido a Ulrika no estuviera afectando a su cordura. Por otro lado, se alegraba de que Max los acompañara. En una batalla, el hechicero valía por toda una compañía de jinetes arque-ros.

Félix se planteó fugazmente la posibilidad de escabullirse y acompañar a los jinetes, pero enseguida la descartó. No sólo habría sido una decisión contraria al juramento de seguir al Matatrolls, además se sentía mucho más seguro con Gotrek, Snorri y Max que con los kislevitas, aunque eso significara ir a dar caza a los hombres bestia.

—En ese caso, será mejor que nos pongamos en marcha si queremos llegar allí a la caída de la noche —dijo, sorprendiéndose a sí mismo.

—No se puede negar que ha cambiado mucho desde la última vez que estuvimos aquí —comentó Félix mientras miraba las humeantes ruinas de lo que había sido una aldea amurallada.

Todos estaban demasiado absortos en la contemplación con sus propios ojos del desastre para prestarle atención.

No quedaba mucho. La mayoría de las cabañas habían sido construidas con zarzo y barro y tenían el tejado de paja. Habían derribado

las paredes a patadas y quemado los tejados. El edificio de la posada, de madera y piedra, había sido la única construcción un poco más sólida, de modo que probablemente había tardado bastante en derrumbarse. El incendio debía de haber sido atroz para llegar a consumirlo hasta los cimientos. Era una pena que hubiera desaparecido, pues el tiempo comenzaba a empeorar, pensó Félix.

Vio unas sombras que se movían entre las ruinas. Eran demasiado grandes y contrahechas para ser humanas. Sólo existía una cosa que tuviera ese aspecto. ¡Los hombres bestia! Snorri casi aulló de alegría cuando se dio cuenta de lo que estaban viendo y agitó en el aire su hacha y su martillo. Gotrek levantó el hacha, deslizó un dedo pulgar por el filo de la hoja hasta que brotó una gota de sangre y luego profirió una maldición.

Los hombres bestia no dieron señales de amedrentarse por la presencia de los enanos, y un grupo salió de entre las ruinas de la posada. Los había con cabeza bovina y otros la tenían de cabra, lobo u otras bestias. Todos eran enormes y musculosos, y estaban armados con toscas lanzas, descomunales garrotes erizados de púas o martillos. La estampa era de lo más extraña. La última vez que Félix había estado allí, en la posada de El Hombre Verde, sólo había seres humanos, y él había mantenido una extraña conversación nocturna con la condesa vampiro. Ahora, todo el pueblo que antes rodeaba la posada había sido borrado del mapa. Félix había visto a lo largo de su vida muchísimas matanzas y unos cuantos pueblos arrasados, pero sabía que jamás se acostumbraría a ello. Aquella carnicería sin sentido alimentó su cólera y su resentimiento.

La docena de hombres bestia que los encaraban cargaron contra ellos. Era evidente que no les inspiraba ningún miedo enfrentarse a un puñado de enemigos. Desde los bosques nevados que rodeaban la aldea llegaron gritos de respuesta, y Félix temió que hubieran pecado de temerarios.

Gotrek y Snorri salieron corriendo hacia los hombres bestia que se aproximaban con sus andares saltarines. Félix pensó que la palabra «correr» probablemente no fuese correcta, teniendo en cuenta que las cortas piernas de los enanos les permitían avanzar a una velocidad que para Félix habría sido un trote cómodo. En todo caso, la distancia que separaba a los dos bandos se estrechaba con rapidez. Félix miró a Max para ver si se disponía a realizar un conjuro, pero el mago estaba escri-

tando los alrededores en busca de otros atacantes. Parecía confiar en que los Matadores no tendrían dificultades en acabar con las bestias.

Gotrek chocó con la horda apenas un segundo antes que Snorri, y su hacha describió un arco en el aire antes de cercenar el brazo del hombre bestia más cercano. Luego abrió de un tajo el estómago de otro, y un torrente de sangre y bilis regó el suelo. Finalmente, atravesó con su hacha el garrote provisto de púas con el que otro hombre bestia se proponía bloquear su golpe. Un momento después, Snorri derribó al desarmado monstruo de un martillazo y hundió el hacha que empuñaba en la otra mano en el cráneo de otro; se produjo un crujido repulsivo, como de madera podrida al partirse.

Cinco hombres bestia habían caído en cuestión de segundos, pero Gotrek y Snorri no aminoraron el ritmo. El Matatrolls saltó hacia delante y demedió de un tajo limpio a una criatura con cabeza de lobo; lanzó una mitad del cuerpo hacia un lado y la otra hacia el opuesto. Snorri giró como un derviche árabe y descargó sus dos armas para aplastar a otro engendro del Caos. El martillo machacó la carne mientras el hacha hendía las costillas y penetraba profundamente en los pulmones del hombre bestia, que aún se mantuvo en pie durante un momento; luego se desplomó y empezó a manar sangre burbujeante de su pecho.

El resto de los hombres bestia ni siquiera tuvieron tiempo de darse cuenta de la cantidad de bajas que habían sufrido. Cargaron contra los enanos con la intención de avasallar a sus enemigos. Era obvio que confiaban en la fuerza brutal de sus golpes, pero no habían tenido en cuenta la fuerza de Gotrek ni la cruel ferocidad de Snorri. Gotrek giró el hacha para dibujar un doble arco en el aire que los hizo retroceder. Snorri se arrojó al suelo y rodó por la nieve hasta las piernas de un hombre bestia, que se tambaleó cuando el enano chocó contra él. Snorri asestó entonces un golpe en la corva de otro, que perdió el equilibrio y dio con sus huesos en el suelo. Gotrek, sin alterar el paso, descargó dos hachazos con la fuerza de un rayo. Félix sabía que ninguno de los hombres bestia caídos volvería a levantarse, dada la terrible potencia de aquellos golpes. Un segundo después, el hacha había vuelto a ascender para decapitar a otro hombre bestia.

Para entonces, las criaturas del Caos habían perdido ya el ardor guerrero; dieron media vuelta y huyeron. Gotrek aún tuvo tiempo de herir

a otro hombre bestia en la espalda. Snorri se puso de pie y arrojó el martillo, que golpeó en la nuca de un nuevo hombre bestia y lo derribó sobre la nieve. Un segundo después, Snorri recuperó el martillo e hizo puré la cabeza del engendro.

Félix miró a su alrededor. De los bosques habían salido más hordas de hombres bestia, justo a tiempo de presenciar la derrota de sus compañeros. Félix comprobó que no eran ni remotamente tantos como había temido, pues sólo vio tres grupos formados cada uno por cinco miembros como máximo. Todo parecía indicar que el grupo más numeroso era el que había salido de la posada. Pese a ello, daba la impresión de que estaban planteándose cargar contra ellos cuando Max levantó los brazos y realizó un hechizo. En cuestión de segundos, una esfera de luz más brillante que el sol apareció en cada uno de sus puños.

Cuando abrió los dedos, unos rayos de pura energía dorada salieron disparados y causaron estragos entre los hombres bestia; carbonizaron carne y derritieron huesos. Las criaturas del Caos parecieron escarmentadas y dieron media vuelta para huir hacia las profundidades del bosque.

Félix estaba atónito. Todo había ocurrido tan rápido que ni siquiera había tenido tiempo de manchar de sangre su espada. Se sintió casi avergonzado de pensar eso.

—No te preocupes, humano —dijo Gotrek cuando vio la expresión de su rostro— ¡Ya tendrás la oportunidad de matar engendros del Caos cuando sigamos a esas bestias hasta su guarida!

—Temía que dirías eso —replicó Félix, y se adentró en las ruinas de la posada.

Por todas partes había cuerpos destrozados. Los huesos humanos yacían en la nieve; estaban partidos, se les había extraído el tuétano y habían sido masticados por mandíbulas poderosas. Sintió ganas de vomitar, pero se controló.

—Parece ser que se detuvieron aquí para tomar un tentempié —comentó Gotrek.

Dos horas más tarde, los enormes árboles se alzaban sobre ellos. La neva era tan intensa que Félix apenas veía más allá de tres metros. Hacía ya rato que habían perdido el rastro de los hombres bestia. Ahora se

trataba de avanzar fatigosamente bajo la ventisca. La única preocupación de Félix era mantener los ojos clavados en la ancha espalda de Gotrek. El viento ululaba en sus oídos; los copos de nieve se fundían en su pelo; el aliento salía de su boca en forma de nubecillas escarchadas y tenía los dedos demasiado entumecidos para sujetar la espada. Dudaba que fuera capaz de luchar si lo atacaban en ese momento. Esperaba fervientemente que los Matadores estuviesen mejor que él. ¡Ojalá se hubiese ido con los kislevitas! No era el mejor momento para verse sorprendido por una ventisca repentina en los bosques de Sylvania.

Si no encontraban pronto un refugio, estaban condenados.